

Niños, artesanías y trabajo

Perla Carpio, Eduardo Fernández y Karla Carpio

P. Carpio, E. Fernández y K. Carpio
Universidad de Guanajuato, Lascrain de Retana 5, Centro, 36000 Guanajuato, Campus Celaya-Salvatierra.
Dpto. Estudios Culturales, Políticos y Demográficos
sonrisa155@gmail.com

M. Ramos., V. Aguilera., (eds.). Ciencias Administrativas y Sociales, Handbook -©ECORFAN- Valle de Santiago, Guanajuato, 2013.

Abstract

This paper reflects on the role of children in community work. Focuses attention on the activities that the children's sector in indigenous communities in the south. We review briefly the historical time of childhood and holding fieldwork this study makes evident the relevance of children in the production of crafts and contribute to the family income. These stories arise in rural communities where it is clear the importance of children in the world of work.

9 Introducción

Visión retrospectiva de la niñez: En nuestra cultura occidental, las noticias más lejanas se remontan a los griegos, alrededor de 600 años a.C. En Esparta, por ejemplo, los niños con pobres aptitudes físicas eran abandonados a su suerte, encontrando la mayoría de las veces la muerte. La sociedad espartana poseía como un valor fundamental la fortaleza, dada su vocación guerrera. Así, los niños que sobrevivían eran formados mediante una dura disciplina, con el objetivo de templar su carácter y que éste se encontrara siempre presto al combate. Muy cercanos, en tiempo y ubicación geográfica, los atenienses, por el contrario, reconocían diferencias individuales entre los niños y proponían una educación acorde a la diferencia entre ellos y que la educación se ofreciera durante el desarrollo infantil (Fonseca, 1991).

La sociedad antigua percibía una diferencia, así como una transición entre el mundo de los niños y los adultos. A pesar de los contrastes encontrados en los casos de Esparta y Atenas, se entendía con claridad, en ambos, que el niño era uno y el adulto otro. Tal logro se pierde al arribo de la Edad Media, según Serafino y Armstrong (1980), durante esta época la expectativa de vida era de 30 a 40 años y solo la mitad o dos terceras partes de los niños alcanzaban la adultez.

Las enfermedades, la alimentación inadecuada y los desastres naturales eran las principales causas de muerte entre los niños medievales. Aquellos niños enfermos, deformados o considerados como poco aptos para la sobrevivencia, eran abandonados y puestos en camino de la muerte (Garralda, 1980 citado en Rivera Aguirre, 2003). Este antiguo fantocidio se practicaba, sobre todo, entre los pobres y a pesar de que las sociedades europeas lo consideraban ilegal y moralmente equivocado, la práctica continuó durante toda la Edad Media.

Los sentimientos y cuidados de los padres hacia sus hijos no eran pródigos, puesto que prevalecía en los primeros la certeza de la pronta muerte de sus vástagos (Rivera, 2003).

En los trabajos de Serafino y Armstrong (1980) podemos encontrar referencias a una ley que otorgaba todo el poder al padre sobre el hijo, es decir, se justificaba hasta el asesinato de los hijos, si el progenitor lo llevaba a cabo. Ya avanzada la Edad Media, la iglesia toma cartas en el asunto y determina que el infanticidio es igual al asesinato (Fonseca, 1991).

A pesar de la advertencia, muchos padres maltrataban a sus hijos, al menos hasta los siete años, edad en la que, según las leyes, éstos últimos se consideraban aptos para el trabajo y, por tanto, susceptibles a ser vendidos como esclavos; al niño ya se le consideraba capacitado para realizar las mismas conductas y tareas del adulto (Bassedas, 1995).

Este antiguo infanticidio y abandono era la expresión más fuerte en el trato hacia los niños. Éste era visto como un adulto en miniatura, puesto que ambos eran idénticos en su estructura y funciones, la diferencia radicaba en la necesaria e imprescindible experiencia. De igual modo, se esperaba que la educación actuara en el niño como en los mayores, solo reduciéndose proporcionalmente las exigencias (Merani, 1970).

Al llegar el Renacimiento también llega un mensaje de libertad, dignidad y perfección de la vida humana, proponiendo además un retorno a la cultura clásica-griegos y romanos- paralelo a la filosofía clásica, surge la creencia de que el niño nace puro e inocente, pero sin la fuerza moral necesaria para resistir las tentaciones ofrecidas por adultos inmorales. Tales ideas propician un interés no conocido, hasta entonces, por el niño y un nuevo concepto de infancia emerge. Padres y educadores creen ahora que el niño debe ser observado con cuidado, disciplinado de manera estricta y alejado de los asuntos sexuales, que se consideraban propios de los adultos, como una forma de preservar su salud física, moral y espiritual.

A la par de estos nuevos conceptos sobre la niñez y su paternidad aparecen los primeros escritos acerca de la psicología y el desarrollo del niño. Algunos pensadores al especular sobre ello consideraban que la mente infantil era como un pizarrón en blanco, tábula rasa, la llamaban. Y que era, por tanto, receptiva a todo tipo de aprendizaje. John Locke, filósofo inglés del siglo XVII e impulsor de esta teoría, consideraba a la educación como determinante en el desarrollo infantil y hacía hincapié en las recompensas y castigos que le dispensaba el medio ambiente al niño (Mussen, Conger y Kagan, 1984).

En el siglo XVII se registra el primer libro dirigido a los padres, en el que se les consideraba importantes agentes de aprendizaje para el niño. Se buscaba la disciplina estricta de los niños, las buenas costumbres, el seguimiento de las reglas y la aceptación de responsabilidades (Cataldo, 1991).

La revolución francesa y americana, llegaron con un mensaje de igualdad y fraternidad, trayendo reclamos para que los hijos de los marginados sociales accedieran a la educación, que no fueran excluidos de las fábricas y disfrutaran, en términos generales, un mejor nivel de vida. A finales del siglo XVIII, aparece la concepción Rousseniana de la infancia la cual consideraba que el niño nace con un sentido moral innato y que, incluso, sin la intervención de los mayores, habría de convertirse en adulto, moral y psicológicamente sano: esta postura ayuda a cambiar la relación derechos-deberes del infante, dándole mayor importancia a los derechos de los niños. La escuela hasta ese momento no existía (Bassedas, 1995).

Otro fuerte impulsor de esta concepción y que trabajó a favor de la infancia fue Pestalozzi, quien afirmaba que el amor era la base de la relación padres-hijos, lo que aseguraba la adecuada formación (Colom, 1994).

Pestalozzi recibió el título de fundador de la formación de padres. A principios del siglo XIX, sus nociones de la bondad natural de los niños y del aprendizaje mediante experiencias concretas y actividades autoimpuestas, marcó el principio de las filosofías sobre la educación de la primera infancia (Cataldo, 1991).

A finales del siglo XIX, con el surgimiento de la teoría sobre la evolución de las especies, se dio un profundo cambio en todas las áreas del conocimiento. El concepto del niño también se replanteó, siendo ahora una expresión de la evolución (Fonseca, 1991). Los científicos consideraban que en el niño se reflejaba la evolución del hombre, que a través del seguimiento de diversos procesos y etapas, esto es, a través de la asimilación de información con cambios sucesivos del medio, llegaría a convertirse en adulto (Merani, 1970).

Así, la valoración, la educación y los cuidados del niño eran conceptualizados en función de la posibilidad del niño de llegar a ser adulto. Es decir, los avances en la concepción acerca de qué es un niño, sus deberes y derechos a lo largo de los siglos, eran más un supuesto que una realidad aún en esas fechas.

El impulso definitivo para que el niño ocupara el lugar que en el ámbito científico le correspondía, lo dio Freud a inicios del siglo XX. Aunque Freud no se ocupó fundamentalmente del trabajo con niños, señaló la importancia definitiva que en la vida adulta tienen las experiencias infantiles. Al finalizar la segunda guerra mundial, se apoya a más sistemas humanitarios de paternidad del niño y se desarrolla la protección legal de sus derechos. Posteriormente, Piaget (1969), propuso descripciones acerca del desarrollo infantil que permiten a los padres y a otros cuidadores de niños fijar expectativas adecuadas al desarrollo infantil.

Según Pollock (1990), diversos autores al tratar de explicar el porqué del surgimiento del moderno concepto de infancia, de la disminución de la crueldad hacia los niños y del trato menos formal de la relación padre-hijos, encuentran los siguientes elementos relacionados: el surgimiento de los sistemas educativos, los cambios en la estructura de la familia misma, el auge del capitalismo y, sobre todo, la educación general de los padres trae consigo el surgimiento de un espíritu de benevolencia.

En suma, las conceptualizaciones que a lo largo de los siglos se han manejado sobre los factores que deben considerarse para la formación de los niños, llevan al reconocimiento del niño como un ser digno de respeto y consideración respecto a su diversidad. Se debe reconocer que a principios del siglo XXI el desarrollo humano, incluyendo la relación padres-hijos, así como el bienestar de los individuos deja mucho que desear. No obstante, resulta comprensible la divergencia acerca de si se ha mejorado o se ha empeorado el trato al niño.

Es importante, pues, hacer notar que hay un acuerdo generalizado sobre la importancia de mejorar las prácticas de los padres para optimizar el desarrollo de los niños y prevenir problemas de comportamientos futuros.

Además, el papel, la representación y la importancia que tienen los niños en cada sociedad están influenciados por el momento histórico en el que estas conceptualizaciones se gestan y por aspectos económicos, sociales y culturales. Veamos más detalles a este respecto y reflexionemos respecto al papel que tienen los niños en el trabajo comunitario, especialmente en el campo, en ámbitos rurales, en familias indígenas.

9.1 Los niños y el trabajo: La Ilusión

En prácticamente todas las etnografías de comunidades campesinas y urbanas pobres se escribe sobre la niñez en la familia. Novelo (1976), por ejemplo, da cuenta de ello cuando reflexiona sobre las artesanías y el capitalismo. Esta autora menciona al sector infantil cuando explica cómo se divide, por género y edad, el proceso de trabajo en el barro. Azaola (2003, 2000, 1995), por su parte, ha escrito sobre la niñez, especialmente la de la calle, la pobre, la abusada, la explotada.

Y en otros contextos también latinoamericanos, como el argentino y sus comunidades indígenas, hay trabajos, como los de Szulc (2008), que desde la antropología dan cuenta de este devenir histórico del abordaje y del estudio del sector infantil, y de la participación de este sector en el trabajo familiar y comunitario.

Dígase, pues, que el sector infantil de nuestro país, y de otros países latinoamericanos, ya sea en el contexto urbano o rural participan en actividades productivas para contribuir a los ingresos del hogar. Estrada (1999), por ejemplo, se interesa por el trabajo infantil entre los sectores urbanos y nos dice esta autora que el trabajo es una experiencia común entre los niños de los sectores populares urbanos mexicanos, es uno de los múltiples recursos de los que echan mano en los hogares para obtener medios de subsistencia, es parte de las estrategias que instrumentan para tratar de mantener o mejorar sus condiciones de vida o para solventar gastos extraordinarios o imprevistos.

Pero el trabajo infantil no es sólo un recurso económico; también forma parte del bagaje cultural, de la experiencia vital de las generaciones que conforman estos grupos domésticos. En este sentido, es una temática multidimensional, pues hace referencia directa a las condiciones de vida y a las características de la unidad familiar; también está vinculado a ciertas concepciones sobre la socialización y con la percepción de cuál es la manera de aprender a ganarse la vida. Además, puede ser visto como la base que da autonomía a los menores y les permite desafiar la autoridad parental y también como uno de los motivos más importantes de la deserción escolar. En su texto, esta autora (Estrada, 1999) define el trabajo infantil en un sentido amplio: cualquier actividad que realizan los niños menores de 16 años con el propósito de reproducir sus condiciones de vida.

Esta definición permite abarcar actividades que van desde el empleo en comercios o empresas del sector formal y las ocupaciones que tienen en la economía informal- talleres, venta ambulante, oficios en la calle, servicio doméstico- hasta la participación en los quehaceres en sus propios hogares.

Esto es lo que sucede en la vida cotidiana de los pueblos, esto es lo que sucede en la comunidad de nuestro estudio: La Ilusión, Simojovel de Allende, Chiapas. En esta comunidad tsotsil del norte de Chiapas, los niños participan junto con los adultos no sólo en las actividades productivas sino también participan, en muchas ocasiones, en las conversaciones en las cuales, si bien no suelen intervenir, reciben mensajes socializadores relevantes.

En La Ilusión niños y niñas usan las manos para transformar a la naturaleza, para trabajar (ámbar) y contribuir con los ingresos familiares. Los profesores de la escuela a este respecto comentan que en el periodo de recolección de café aumenta la ausencia escolar porque los niños (de diferentes edades) se van a ayudar a sus padres y en los “días libres” van también los pequeños a “recoger trozos de ámbar en las minas”.

En el ámbito campesino son, pues, diversas las oportunidades que podemos tener para observar la participación de los niños en el trabajo comunitario: en el campo, en la comercialización de productos, en el hogar, en el cuidado de los hermanos, en el trabajo de construcción (albañilería), en la producción de artesanías (textiles y ámbar). Veamos más detalles sobre la metodología utilizada en este trozo de mundo en el que el oficio de tallar el ámbar se ejerce todos los días.

9.2 Metodología

Este es un estudio cualitativo de tipo etnográfico que comulga con las reflexiones de autoras como Szulc (2008), cuyo análisis se asienta sobre una conceptualización de los niños como sujetos sociales e interlocutores competentes. Reconoce, pues, Szulc, la capacidad de agencia social de los niños. La niñez, nos dice esta autora, es un producto histórico, resultado de procesos dinámicos y conflictivos, en los cuales diferentes actores y saberes se disputan la definición de qué es la niñez, qué comportamientos o características se consideran propios de este grupo y cuáles son las prácticas legítimas por parte de diferentes adultos.

Las reflexiones anteriores surgen en el marco de esta investigación cuyo trabajo de campo se realizó durante el verano del 2008 al verano del 2011, en una comunidad tsotsil ubicada en la región De los Bosques en el estado de Chiapas, al sur de México.

Pertenece esta comunidad (La Ilusión) al municipio de Simojovel de Allende, lugar caracterizado por minas de ámbar, por la construcción de joyería elaborada con esta resina y por la producción-recolección y venta de café. En esta región de Chiapas encontramos la presencia de diversos pueblos indígenas, principalmente tsotsiles. Dentro de ellos se encuentra La Ilusión, poblado constituido por aproximadamente 410 habitantes (véanse detalles y etnografía de La Ilusión en Del Carpio, 2012 a y b).

Su población se dedica a múltiples trabajos: a las actividades del campo, al trabajo de construcción, al comercio, al hogar y a la producción de artesanías (textiles, ámbar y alfarería).

En estudio tuvo como técnicas de investigación a la observación participante, el diario de campo, la obtención de material audiovisual, el análisis de documentos y la realización de entrevistas abiertas y semiestructuradas; éstas últimas siguieron una guía temática de acuerdo a nuestro objetivo de investigación.

Para cumplir con dicho objetivo acudimos a un abordaje teórico y metodológico con perspectiva antropológica y psicosocial. Solamente así, desde nuestro juicio, podíamos encontrar luces respecto al papel de los niños en el mundo del trabajo comunitario, especialmente respecto a la producción de artesanías.

Realizamos entrevistas a 20 mujeres de tres generaciones: niñas, jóvenes y mujeres mayores. Estas tuvieron una duración aproximada de 30 a 50 minutos. En ocasiones fue necesario recurrir a niñas y a jóvenes intérpretes para realizar las entrevistas a personas que únicamente hablaban tsotsil (especialmente las personas mayores).

Recurrimos también a las tecnologías de la información para el análisis de las entrevistas realizadas. Acudimos al programa Atlas.ti (versión 5.0) para realizar el tratamiento y el análisis del contenido de las entrevistas. Permitió este software el manejo, el orden, la sistematicidad y el análisis de la información obtenida a través de citas, códigos, familias de códigos y la representación gráfica de éstos.

Análisis y discusión de los resultados:

La pregunta medular de este estudio es ¿Por qué los niños participan en la producción de artesanías? En la realización del trabajo de campo encontramos que son múltiples las funciones psicosociales de este trabajo. Una de ellas es su función instrumental al permitir la obtención de ingresos económicos. Por eso, Alondra (joven ambarera de La Ilusión) afirma que cuando tenga hijos les enseñará el oficio artesanal para que puedan también encontrar en las artesanías una fuente de ingresos. Las niñas de la comunidad, por su parte, aunque no saben bordar quieren que las generaciones futuras aprendan el oficio y lo realicen, no necesariamente para rescatar una actividad de antigua raigambre sino para aumentar las fuentes de ingresos familiares. Ante la austeridad, la necesidad y la situación económica -de las familias de La Ilusión- sobresale el carácter instrumental del trabajo.

Funciones psicosociales del trabajo artesanal indígena:

La primera función del trabajo es la de proveer de los medios necesarios para poder subsistir, de ahí su carácter obligatorio. Permite la supervivencia, la emancipación y la independencia económica. Tenemos que matizar lo anterior ya que no es posible hablar de independencia económica en La Ilusión, y en muchos pueblos con características similares, pues las condiciones de vida reflejan austeridad y pobreza.

Por ello, buscan los habitantes diferentes fuentes de ingresos que les permitan sobrevivir.

El trabajo artesanal no permite la independencia económica, sin embargo, sí que contribuye a la obtención de ingresos para el hogar y es realizado conjuntamente con otras actividades que permitan incrementar la economía familiar.

Debemos indicar también que el trabajo no tiene un valor periférico, servil o meramente instrumental en La Ilusión. Tiene un valor central, integrador y expresivo. Supone, para varias mujeres, algo más que un simple medio de obtención de bienestar material pues es fuente de satisfacción personal, da sentido a la vida y ocupa un rango importante en la jerarquía de los valores socioculturales.

Observamos con esto el carácter del trabajo como institución social por medio del cual los individuos dan sentido a sus vidas, a la vez que satisfacen algunas de sus necesidades. De esta manera, el trabajo sigue actuando como categoría central y sigue estructurando y determinando experiencias vitales. De aquí que ahora tengamos que reflexionar sobre las funciones expresivas del trabajo artesanal, funciones generadoras de bienestar psicosocial.

A este respecto podemos decir que realizar artesanías proporciona oportunidades para el desarrollo de habilidades y destrezas. Permite el desarrollo de capacidades personales. Su ejecución implica técnicas y movimientos corporales como la postura, el equilibrio, los movimientos manuales y la concentración visual, a la vez que también requiere habilidades cognitivas: atención, concentración, creatividad e imaginación. Con la ejecución de éstas, artesanos y artesanas se vuelven expertos en el trabajo que realizan en un dado espacio, contexto y tiempo. Por eso, señalan en esta comunidad que “si te sientes aburrida te sientas a bordar. Solo me pongo a bordar y me distraigo” (Entrevista a Vivi, 24 años, 21 de septiembre de 2009).

Señalan algunas chicas que las mujeres jóvenes que son artesanas y no bordan con fines comerciales lo hacen porque es un oficio que las ocupa y las entretiene. Algunas mujeres también consideran que la importancia de este trabajo radica en que constituye un espacio que permite fortalecer vínculos sociales (especialmente familiares) ya que en ocasiones bordan juntas las hermanas, la madre, las hijas o las vecinas. Sobre esta cuestión interesa la dimensión afectiva que las mujeres le otorgan a las relaciones que entablan en el trabajo, y la más social relacionada con las posibilidades para la acción colectiva.

El trabajo artesanal realizado en compañía posibilita un espacio de comunicación y convivencia. La ejecución del trabajo con otras mujeres artesanas, une y genera lazos de confianza, unión y amistad. En términos generales, mantenerse activo y ocupado es una de las principales motivaciones para trabajar, y uno de los mayores costes psicológicos de no hacerlo es la inactividad (La Fuente, 2008). El trabajo artesanal cumple esta función.

Algunas jóvenes a este respecto indican: “Bordar me distrae. Bordo para quitar un poco la tristeza y (para) liberarme de algo” (Entrevista a Eva, 22 años, 28 de octubre de 2009).

Y más detalladamente explican:

“La felicidad me llega por mi trabajo. Siento alegría y felicidad. Me siento dichosa y orgullosa de mí misma por el trabajo. La alegría la llevo en el corazón cuando trabajo. Al momento de bordar siento alegría (Entrevista a Alondra, 18 años, 12 de octubre de 2009).

La producción de artesanías es fuente de emociones positivas y tiene también un efecto que podíamos llamar catártico al liberar de tristezas y de sensaciones desagradables a las artesanas. Afirman algunas mujeres que realizan este trabajo porque consideran que disminuye la tristeza. Otras chicas indican que tiempo hubo en el que atravesaban dificultades personales y para disminuir su preocupación se dedicaban a bordar.

Expresan también las artesanas que su trabajo genera emociones positivas pues es grande la satisfacción que produce observar, contemplar y acariciar con los sentidos los productos realizados durante varias horas, días y meses de trabajo.

El trabajo artesanal también es fuente de satisfacción y orgullo. Conviene, en este sentido, recurrir a Sennett (2009) quien nos habla de la motivación básica del artesano de lograr un trabajo bien hecho por la simple satisfacción de conseguirlo.

Afirma también este autor que el trabajo puede ser algo bueno en sí mismo y no sólo un medio de vida. En un momento en que parece marcarse la dicotomía entre trabajo y vida, este autor nos recuerda que la realidad es más compleja y que ambos espacios no tienen que estar divorciados, por lo menos no necesariamente.

Una de las funciones psicosociales del trabajo artesanal que encontramos en los argumentos de dicho autor, y a la que éste se refiere como el orgullo por el trabajo propio, es la satisfacción personal por el desarrollo de las habilidades.

El trabajo artesanal no sólo permite, pues, desarrollar habilidades, destrezas y aplicar conocimientos sino también la ejecución de estas genera satisfacción y orgullo a quien lo realiza. Por eso, dice Sennett (2009) que la simple imitación no produce una satisfacción perdurable; la habilidad tiene que evolucionar y lleva consigo el sello personal y la imaginación de las artesanas. La creatividad es, pues, también diferenciación.

Hay jóvenes para quien su trabajo es fuente de orgullo, satisfacción y entusiasmo:

Me siento orgullosa por trabajar artesanías en esta comunidad [...]. Así salgo adelante y apoyo a mi familia. Me gusta trabajar y vender las cosas que hago y salir adelante por mí misma, con mi propio esfuerzo de trabajo. [...] Cuando me pongo a trabajar me pongo feliz porque me siento orgullosa de mí misma por estar trabajando. [...]

Siento una gran emoción dentro de mí y así me siento orgullosa. Me gusta (usar textiles) y estoy orgullosa de ponerlo y venderlo. Produce alegría, felicidad y dicha el trabajo de artesanías (Entrevista a Alondra, 18 años, 12 de Octubre de 2009).

Esta chica también reconoce que son pocas las jóvenes quienes en la comunidad saben y practican el conocimiento artesanal, este “saber-hacer” es referente capaz de otorgarle un valor a esta joven y le proporciona una imagen positiva, al menos en relación con otras jóvenes que no saben o que no aprendieron el oficio.

Su situación de artesana poseedora de conocimientos ancestrales le proporciona una identidad positiva, en tanto que la sitúa en una situación privilegiada en relación a sus coetáneos que no poseen dichos conocimientos. Además, de que le otorga una imagen de utilidad comunitaria.

En este sentido, hay que subrayar que lo que más enorgullece a las artesanas es el desarrollo de sus habilidades. Además, la producción de artesanías a través de su carácter instrumental (como fuente que permite obtener ingresos) también produce satisfacción y orgullo porque contribuye a la economía familiar.

Entre mujeres y niñas de esta comunidad prevalece, lo que ya antes habían observado Godoy, Stecher y Díaz (2007), la búsqueda del bienestar del grupo familiar, y de una mezcla entre el trabajo como instancia de sacrificio pero también de orgullo que se cristaliza en la imagen de la mujer que todo lo puede.

Fomento de convivencia familiar:

Otra función del trabajo artesanal es que estructura el tiempo de los habitantes de La Ilusión. No hay horarios ni duración establecida para sentarse a trabajar, sin embargo, con frecuencia se realizan textiles después de las actividades del hogar. La mayoría de artesanas se dedica a este oficio todos los días y sus horarios son flexibles.

Imaginar una vida “de impulsos momentáneos, de acciones a corto plazo, desprovista de rutinas sostenibles, una vida sin hábitos, es, en el fondo, imaginar una existencia sin sentido” (Sennett, 2000: 45), y es el trabajo en esta comunidad el generador de dicho sentido y de la ya mencionada estructuración del tiempo.

Las artesanas celebran también la flexibilidad que tienen en los tiempos de trabajo y, especialmente, disfrutan de la independencia en el gusto, en la elección de colores y en los diseños que bordan en sus textiles, y también las formas que dan a las piezas de ámbar. Además, la ejecución de este trabajo permite que se genere un espacio donde se fortalecen los vínculos familiares. En torno a las artesanías se teje un sistema de relaciones familiares y tradiciones “en el que tiene lugar la enseñanza ancestral tanto ética, como técnica y desde luego espiritual” (Pérez, 2010: 2). El espacio de trabajo es el propio hogar y la convivencia e interacción con personas fuera del núcleo familiar, vecinal o comunitario no parece necesaria para la elaboración de artesanías.

Lo que queremos decir con esto es que más que fortalecer o fomentar la convivencia con otras personas, intercambiar experiencias, compartir afectos y opiniones con personas externas a la familia (como lo proponen Godoy *et al.*, 2007), el trabajo artesanal fortalece los vínculos dentro del núcleo familiar al compartir el hogar y el taller el mismo espacio.

Así, el taller, que por su riqueza constituye un espacio colectivo de trabajo y rico en herramientas, implica un clima social, a la vez que al ser también hogar constituye un espacio de intimidad vecinal y familiar.

Se observa, pues, que la producción de artesanías fortalece los vínculos de convivencia, confianza y comunicación dentro de estas.

En la mayoría de los casos, en la elaboración de artesanías y en otros tipos de trabajos de La Ilusión se observa esta función integradora de convivencia familiar y comunitaria del trabajo (véase Del Carpio, 2012).

Trabajar en conjunto, como a veces sucede con las bordadoras, y quizá con mayor frecuencia con las ambareras, supone entablar conversaciones y generar un ambiente de confianza y de reciprocidad de información. Se fomenta así los vínculos afectivos en el núcleo familiar y vecinal.

Un tema importante es la interdependencia de los miembros de la familia y la comunidad. Los ejemplos de interdependencia abundan en la vida cotidiana. Las mujeres preparan todos los alimentos para sus maridos y sus familias; los hombres proveen maíz, café y frijoles, que ellos mismos cultivan. Las niñas son responsables de cuidar a sus hermanitos menores. Las mujeres bordan los trajes para la madre o la abuela. Las familias viven juntas en una casa de una sola habitación (o cuando mucho dos). En el trabajo artesanal (realizado en la casa que es a su vez hogar) también se observa, de cierta forma, esta interdependencia.

Algo más hay que añadir. Como sucede en trabajos realizados en términos contractuales, gran parte de la vida social se lleva a cabo en actividades impersonales, en ámbitos alejados del individuo corriente y sobre los que éste tiene poco o ningún control. La huida hacia la intimidad es un intento de garantizar una vida con sentido en medios familiares que no han quedado incorporados a estos sistemas amplios. La búsqueda de intimidad (que sí posibilita la producción de artesanías) tiene un valor positivo. “La privacidad posibilita las satisfacciones psíquicas que el logro de la intimidad puede ofrecer” (Giddens, 1995: 122), y el trabajo artesanal propicia esta intimidad y otorga los beneficios psicosociales del mismo. Además, la importancia de contar con relaciones personales íntimas tiene diversas funciones. Tal vez la función más importante, nos dice Cochrane (1992), que desempeña este tipo de relaciones es la de propiciar una fuente intensa de satisfacción y de sentimientos positivos sobre la propia personalidad. Hay que decir también que entre los significantes más importantes en los que se reconoce el individuo están los vínculos familiares. Pertenecer a un grupo familiar es una parte importante de la identidad pues es el primer vínculo relacional y el primer ámbito de interacción desde donde el individuo pasa a ser reconocido como parte integrante de un grupo.

Reconocer y ser reconocido como hijo, como miembro de un grupo y como parte de una familia tiene una gran importancia para la construcción de la identidad del individuo (La Fuente, 2008).

Vemos así constatado que, en el caso de las artesanías, el trabajo une familia y trabajo (Sennett, 2009), y que el textil es sinónimo de hogar (Mejía, 2010).

Unión comunitaria, expresión de la cosmovisión y permanencia de la tradición:

Al ser este trabajo realizado en casa y dentro de la familia también permite la unión y la permanencia en la comunidad. Para ser artesana no es necesario salir o abandonar la comunidad porque “trabajo hay mucho en el cafetal, en el campo, en el taller y en el hogar pero dinero hay poco” (Entrevista a Xvel, 16 años, 10 de octubre de 2009), y para ganarlo sí que ha sido necesario salir de La Ilusión.

Por tal motivo, algunos habitantes se trasladan a la ciudad capital (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas) o a otros Estados de la República Mexicana. Algunos vuelven y otros “se casan por ahí y ya no regresan a La Ilusión” (Entrevista a Lupita, 9 años, 9 de octubre de 2009).

Algunas chicas prefieren quedarse en la comunidad y no consideran la posibilidad de dejarla pues implica “un cambio de pensamiento” y no quieren cambiar su forma de vida y de trabajo. Sea como fuere, para seguir siendo artesana no es necesario abandonar la comunidad. Seguir utilizando las manos en este oficio no depende de la geografía pues se esté en el campo o en la ciudad, el conocimiento y la habilidad van pegados a los dedos y a todos los sentidos.

Además, este trabajo permite formar un “nosotros” que no necesariamente tiene que ver con la geografía pues esta se refiere tan solo al lugar. El trabajo en La Ilusión permite crear un sentido de comunidad que evoca dimensiones sociales y personales. Así, el lugar se vuelve comunidad cuando la gente “utiliza el pronombre ‘nosotros’. Hablar así requiere un apego personal, no geográfico” (Sennett, 2009: 144). Y el trabajo aquí en La Ilusión fomenta, construye y reafirma ese “nosotros”.

Realizada como expresión pública de la cosmovisión y la historia de los pueblos, las artesanías son un fenómeno de continuidad histórica y son también un trabajo donde sus productores transforman y sobreviven, y lo que producen habla de estilos de vida, de cultura y de identidades.

Centrar la atención en las artesanías como elementos que dan cuenta de la cosmovisión de sus protagonistas permite comprender, o por lo menos intentar comprender, los motivos que tienen los niños y niñas para involucrarse en el trabajo comunitario.

Hay que decir también, como lo hace Pérez (2010), los objetos artesanales son, por muchas razones y de muchas maneras, ocasión de contacto humano no sólo por la actividad comercial a la que dan lugar, sino porque representan también una actividad comunicativa por excelencia.

Los objetos artesanales son el centro de la cohesión generacional por la cual la generación mayor lega a la generación joven sus secretos al paso que lleva a cabo el ritual más estrecho de vinculación generacional a través de la enseñanza de un saber ancestral.

Las artesanías así entendidas son parte de procesos intensos de comunicación por los que se transmiten las tradiciones más íntimas de un grupo humano. Lo más profundo de las artesanías es reafirmar la tradición y asegurar la cohesión generacional. Las voces de las artesanas en este sentido defienden que quieren que siga viva la tradición:

Porque nuestros padres también trabajaron y utilizaban artesanías, con eso vivieron. Así consiguieron cosas de comer por trabajar y por eso también me siento orgullosa. Me llama mucho la atención que también los demás (los ancestros), los que ya no viven, dejaron una herencia de bordado y es ahí donde me da más alegría recordarlos a través de mi trabajo [...] Bordar es heredar lo que mis padres y mis abuelitos son. Es a través de este trabajo que consiguieron cosas de comer (Entrevista a Alondra, 18 años, 12 de Octubre de 2009).

Esta joven, junto con sus hermanas pequeñas, se refiere a la producción de artesanías como motivo de orgullo y como herencia familiar-comunitaria que al ejecutarla permite recordar a “los que ya no están” y de cierta forma se hacen presente a través de la ejecución de las enseñanzas y de los saberes que heredaron a quienes bordan actualmente en la comunidad.

Lo anterior nos invita a proponer el siguiente diagrama de las funciones psicosociales que cumple el trabajo artesanal en La Ilusión, y que pueden también ser extensivas a otras comunidades y pueblos con características semejantes.

Figura 9 Propuesta de un modelo para funciones psicológicas del trabajo artesanal indígena



Fuente: Elaboración propia a partir del contenido del trabajo de campo y el análisis realizado en el software Atlas.ti

9.3 Conclusiones

Las funciones psicosociales del trabajo artesanal nos permite comprender la participación de los niños (y jóvenes) en el trabajo comunitario, especialmente en la producción de artesanías. Se observa, entonces, que las artesanías desempeñan un papel múltiple ya que pueden ser elaboradas con fines de mercado, para cumplir una función doméstica o bien tener un uso cotidiano, ritual, ceremonial o suntuario.

Queda también constatado que el análisis de las artesanías invita a reflexionar necesariamente sobre aspectos económicos en íntima relación con aspectos de índole cultural.

Esto es así porque las artesanías forman parte de las múltiples fuentes de ingresos de las comunidades, a la vez que remite a aspectos culturales, en tanto práctica de elaboración o representación simbólica arraigada en la historia de los pueblos que lo realizan.

La evidencia empírica de este estudio permite indicar que son diversas las funciones psicosociales que cumple el trabajo artesanal. Una de las más importantes es que constituye una fuente de ingresos económicos. También tiene múltiples funciones expresivas, tales como: permite el desarrollo de habilidades, destrezas y saberes; implica el desarrollo de una actividad: distrae, ocupa y entretiene; tiene un efecto terapéutico al permitir catarsis emocional e influir en el estado de ánimo. Es, además, fuente de satisfacción y orgullo; estructura el tiempo y permite la independencia de la artesana a la hora de elegir colores, diseños, formas y tiempos de trabajo.

Hay más. Realizar artesanías también fomenta la convivencia y la unión familiar, y permite la permanencia y la unión comunitaria al ser un trabajo que no necesariamente implica salir o dejar la comunidad. Además es un espacio para la expresión de la cosmovisión y la permanencia de la tradición familiar y comunitaria.

Algunas anotaciones más hay que hacer a este respecto. Su trascendencia no sólo radica en su relevancia material sino también en su importancia simbólica, pues ambas contribuyen a la reproducción económica, social y cultural de los pueblos donde se producen estos objetos. Todo esto permite comprender la importancia del sector infantil en el mundo del trabajo rural, campesino, en el campo.

9.4 Referencias

Azaola, E. y Estes, R. (2003). *La infancia como mercancía sexual*. México, Canadá y Estados Unidos. México: CIESAS/Siglo XXI.

Azaola, E. (2000). *La infancia robada. Niñas y niños víctimas de explotación sexual en México*. CIESAS/UNICEF/DIF.

Azaola, E. (1995). *Los niños de la correccional: fragmentos de vida*. México: CIESAS.

- Bassedas, B. (1995). El niño y la sociedad. Algunas referencias histórico-culturales. Cuadernos de Pedagogía.
- Cataldo, C. (1991). Aprendiendo a ser padres: conceptos y contenidos para el diseño de programas de formación de padres. España: Visor.
- Colom, A. (1994). Modelos de intervención socio educativo. Madrid: Narcea.
- Cochrane, R. (1992). Incidencia de la depresión en hombres y mujeres. En Influencias sociales y psicológicas en la salud mental. J. L. Álvaro; J. R. Torregrosa y A. Garrido, Comp. Madrid: Siglo XXI.
- Del Carpio, P. (2012a). Entre el textil y el ámbar: las funciones psicosociales del trabajo artesanal en artesanos tsotsiles de La Ilusión, Chiapas, México. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Del Carpio, P. (2012b). Entre el textil y el ámbar: las funciones psicosociales del trabajo artesanal en artesanos tsotsiles de la ilusión, Chiapas, México. Athenea Digital. Ed, Electrónica, 12 (Julio). En <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/DelCarpio> Accedido el 21 de Octubre de 2012.
- Estrada, M. (1999). Infancia y trabajo. La experiencia de los sectores populares urbanos. Estudios Sociológicos, 17 (49), 175-191.
- Fonseca, B. (1991). Adaptación del inventario de Paternidad para adultos y adolescentes. Tesis de licenciatura. Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jalisco.
- Godoy, L., Stecher, A. y Díaz, X. (2007). Trabajo, identidades: continuidades y rupturas en un contexto. En R., Guadarrama y J. L. Torres (Coords.), Los significados del trabajo femenino en el mundo global (pp.81-100). México: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.
- Giddens, A. (1995). Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona: Península.
- La Fuente, M. (2008). Identidad laboral y transformaciones del mercado de trabajo: Un análisis desde el discurso de los jóvenes bolivianos. Tesis doctoral no publicada, Universidad Complutense de Madrid.
- Mejía, D. (2010). Tejiendo la vida: significados de la tradición textil en la sierra de Zongolica. Aportaciones al estudio semiótico de la cultura mexicana. Comunicación presentada en XXXII Coloquio de antropología e Historia Regionales, Zamora, Michoacán, México, 20-22 de Octubre.

- Merani, A. (1970). *Psicología y pedagogía: Las ideas pedagógicas de Henry Wallon*. México: Grijalbo.
- Mussen, P. (1984). *Aspectos esenciales del desarrollo de la personalidad en el niño*. México: Trillas.
- Novelo, V. (1976). *Artesanías y Capitalismo en México*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Pollock, L. (1990). *Los niños olvidados. Relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pérez, H. (2010). *El sentido de las artesanías en el concierto de la cultura*. Comunicación presentada en XXXII Coloquio de antropología e Historia Regionales, Zamora, Michoacán, México, 20-22 de Octubre.
- Rivera, M. (2003). *Efectos de un programa de paternidad en la interacción recíproca entre los padres y sus niños pequeños con problemas de conducta*. Universidad de Guadalajara. Centro Universitario de Ciencias de la Salud. Guadalajara, Jalisco.
- Sennett, R. (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- Serafino, S. y Armstrong (1980). *Child and adolescent development*. Illionis: Scott. Foresman and Company, E. U.
- Szulc, A. (2008). *Pici zomo y pici wenxu (alumnas y alumnos): definiciones de género en disputa en torno a niñas y niños mapuce del Neuquén*. En S. Hirsch (Coord.) *Mujeres indígenas en la Argentina. Cuerpo, trabajo y poder* (p. 179-204). Buenos Aires: Biblos.